

## POEMAS

## ESPEJISMOS

El horizonte infinito  
late con mi corazón;  
la luna llora  
con mi dolor;  
todo el paisaje siente tristeza  
porque la siento yo.  
¡Oh el espejismo de los desiertos  
del corazón!  
Cuando él sonríe, todo sonrisas,  
cuando él solloza, todo dolor.

## ¡AMOR SOÑADO!

He vivido soñando un amor,  
un amor sin pasión ni violencias,  
un amor de tersura de nubes,  
y candor de estrellas:  
un lírico amor,  
un nostálgico amor de quimera:  
La fusión en un beso sin llamas  
de un amor que pasa  
y un dolor que queda.

## ROMANCE

Bordaba la blanca niña  
los tules de una ilusión  
con la rueca nacarada  
de su propio corazón.

Una sonrisa en los labios,  
en el viento una canción  
—la eterna trova que canta  
quien languidece de amor—  
y en los ojos el divino  
lucero de la ilusión.

En el jardín los claveles  
hacían zalemas al sol,  
la fuente lloraba a solas  
y en la magia del salón  
hilaba tules de ensueños  
la rueca de un corazón.

JULIAN MARCOS TORRES

## Cartas extremeñas

## HORNACHOS



CANSADOS de ver jugar a los demás, salimos del casino mi amigo y yo en busca de un sol remolón que luce a ratos entre las nubes.

Hornachos es una escalera apoyada en la sierra. En un descanso de esta escalera toma alientos el pueblo en la plaza principal.

Subiendo, siempre subiendo, por un viejo camino ahora, llegamos a la Fuente de los Moros que dice la tradición por boca de mi amigo indígena. En esta fuente, que sale de la sierra a nuestro paso con la clara y fresca tentación del agua virgen, hay una inscripción en castellano que no va más allá del siglo XVIII. Pero cuando lo dice la tradición aquí debieron apagar su sed mucho antes esos moros fabulosos que en todos los pueblos de España recordamos y a los cuales echamos la culpa de todo. ¡Simpáticos moros que vinieron y no querían marcharse!

En un lavadero cubierto, contiguo a la fuente, nuestra presencia ahoga en curiosidad y en agua de jabón las conversaciones de las lavanderas. Unas huertas cuajadas de naranjos se esconden allá abajo, en el dulce y atrayente reposo de una umbría hondonada que se lleva los ojos del viajero. Los deseos todos del alma cansada se hunden en la calma del valle frondoso y allí, olvidados en la hierba olvidada, quieren quedarse para siempre.

Subiendo, siempre subiendo, llegamos casi hasta la cima de la montaña. Los valientes campos de trigo, suben con nosotros y disputan a las piedras y a las cabras la falda del monte. Pero los últimos trigos ya no pueden más y mueren raquíuticos, cediendo el terreno a las piedras gigantescas que dominan la altura.

Llegamos a las ruinas del castillo. Tumbamos nuestro cansancio en el suelo y en el suelo apoyamos los brazos tomando posesión de lo que hemos conquistado: un amplio paisaje, un pedazo de Extremadura. Desde las tierras de Mérida hasta la gentil Llerena que brilla en la lejanía al pie de una sierra. Allí está Villafranca de los Barros, indolente, recostado en el horizonte. Y Llera. Y la Puebla del Prior.

No es ésta, no, la llanura absoluta de Castilla. Es la llanura sinuosa de suaves y pardos altozanos, de campos dorados hoy por la rubia madurez de los cereales. Trozos del río Matachel caminan desorientados, lentos, sin saber a donde ir por el paisaje, sin cortejo de árboles, sin perro que les ladre.

Hornachos, pueblo en rampa, parece llano desde aquí. Sus calles aprisionan huertas y campos y por eso Hornachos es más grande de lo que puede. Reposa en un atrio blanco, como en una cuna, la blanca ermita de Nuestra Señora de los Remedios.



Emprendemos el descenso en mal hora por el camino más corto y más difícil, agarrándonos a las plantas y a los riscos, destrozando la ropa. Entramos en Hornachos por la parte más alta, por los restos empedrados aún de unas calles antiguas, ya desaparecidas, unas calles que buscaban la protección del castillo. Ya estamos junto a la iglesia. Una iglesia de enorme torre, de inmenso campanario para muchas más campanas que las que tiene.

Hornachos es una escalera apoyada en la sierra de Hornachos. Y en un descanso de esta escalera, en la plaza del Ayuntamiento, toma alientos el pueblo y lo tomamos nosotros.

## DON BENITO

¡Qué ganas tenía de conocerte, Señor Don Benito! Hasta mi tierra, tan lejos de ti, llegaba tu fama de rico señor extremeño. Yo te imaginaba dueño de muchas dehesas, yo te imaginaba opulento y feliz.

Sí; ya sé que has sufrido mucho durante la guerra. No tienes que contarme nada.

Me enteré de tu existencia, hace ya muchos años, en la Geografía del bachillerato. Me hizo gracia tu nombre y pensé que cuando tú don debías merecerlo, que tú no eras un pueblo cualquiera.

Por fin te he conocido, «Ciudad de Don Benito. Cabeza de Partido, Provincia de Badajoz», como tú mismo te pones en un letrero que me sale al paso.

Te he conocido y no me has defraudado.

Te presentas muy decentemente con tus calles anchas y limpias, con tu buena plaza en donde tienes tu Banco de España como cualquier capital.

Pero tienes también una iglesia preciosa que habla muy bien de tu espíritu. He entrado en el interior cuadrilongo y he contemplado con admiración las inclinadas y esbeltísimas columnas semejantes a palmeras que unen sus airosos penachos en las bóvedas.

Y en tu solar se levantan las nobles casas del marqués de Valdegamas y del conde de los campos de Orellana.

Aunque naciste en el siglo XV — una cigüeña te trajo de Medellín, de donde eran tus padres — no pareces viejo, Señor Don Benito. Y eres grande, muy grande. He dado muchas vueltas por ti, quedándome siempre la sensación de que aún me falta mucho Don Benito todavía. Quise verte todo junto desde el parque y no lo he conseguido. Desde allí se ve donde empiezas, pero no donde acabas. No sé hasta donde eres capaz de llegar con tus calles largas y tus casas bajas.

Son las ocho de la tarde. Me he quedado cerca del parque viendo como el sol se oculta en unos montecillos. Tus lejanías, Señor Don Benito, son bellas y nostálgicas. En la verde llanura camina como un escuadrón de caballería, una ancha columna de árboles.

FERNANDO VILLALVA DIEGUEZ

## ASPIRACION

Una palabra sencilla

donde desnudo me encierre.

Contorno de mi sustancia

sin peso para que vuele.

Palabra que sea tan justa

que, si me fuí, me recuerde.

Palabra que sea tan mía

que quien la escuche me piense.

Sobre la espuma del tiempo

mientras mi espera ya duerme,

un corazón que se pudra

para que, muerto, me siembre.

Si encuentro justa palabra

sabré que la vida vuelve.

Quien al hablarla me viva

me salvará de la muerte.

SANTOS SANCHEZ-MARIN